

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera lectura: Hch 2,42-47

Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. Todos estaban impresionados, porque eran muchos los prodigios y señales realizados por los apóstoles. Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno. Unánimes y constantes, acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes.

Salmo responsorial: Sal 32,4-5.18-22

R. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Diga el pueblo de Israel: es eterno su amor.

Diga la estirpe de Aarón: es eterno su amor.

Digan los que honran al Señor: es eterno su amor.

La piedra que rechazaron los constructores
se ha convertido en piedra angular;

Esto es obra del Señor y es realmente admirable.

Este es el día en que actuó el Señor,
hagamos fiesta y alegrémonos en él.

Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad.

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Desde la casa del Señor os bendecimos.

El Señor es Dios, él nos ilumina.

Inicia la procesión con ramos hasta el altar.

R. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Segunda lectura: 1 Pe 1,3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia, a través de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho renacer para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcescible. Una herencia reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios guarda mediante la fe para una salvación que ha de manifestarse en el momento final. Por ello vivís alegres, aunque un poco afligidos ahora, es cierto, a causa de tantas pruebas. Pero así la autenticidad de vuestra fe —más valiosa que el oro, que es caduco aunque sea acrisolado por el fuego— será motivo de alabanza, gloria y honor el día en que se

manifieste Jesucristo. Todavía no lo habéis visto, pero lo amáis; sin verlo creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y radiante; así alcanzaréis vuestra salvación, que es el objetivo de la fe.

Evangelio: Jn 20,19-31

Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo:

—La paz esté con vosotros.

Y añadió:

—Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

Sopló sobre ellos y les dijo:

—Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

Tomás, uno del grupo de los doce, a quien llamaban «El Mellizo», no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús.

Le dijeron, pues, los demás discípulos:

—Hemos visto al Señor.

Tomás les contestó:

—Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.

Ocho días después, se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

Después dijo a Tomás:

—Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.

Tomás contestó:

—¡Señor mío y Dios mío!



Jesús le dijo:

—¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto.

Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido recogidos en este libro. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo tengáis en él vida eterna.

Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación

Los cristianos vivimos con frecuencia la tensión entre autonomía y comunidad. Que se traduce en diversos ámbitos: ¿Dónde está el centro de mi compromiso cristiano: en las realidades seculares, en las que no es fácil percibir la presencia de Dios, o en la parroquia, donde me siento Iglesia? ¿Hay que insistir en madurar la fe personal o en crear comunidad?

Teóricamente, esas bipolaridades no sólo no son contradictorias, sino complementarias. Pero según se acentúa un aspecto u otro, la vivencia real es distinta.

2. Contemplación

Muchos nos sentimos identificados con la figura de Tomás. Es el racionalista que necesita ver y tocar para creer, es decir, objetivar y controlar, hasta que descubrimos que, efectivamente, Dios nos invita a ver lo que ha hecho por nosotros (las llagas), y nos enseña a ver más lejos (en las llagas, las heridas del amor de Dios y las fuentes del Espíritu). Más tarde aprenderemos a caminar de fe en fe, a creer sin necesidad de ver. Tomás es el individualista que, al separarse de la comunidad, al subjetivizar su fe, termina cerrándose sobre sí mismo y se hace así incapaz de encontrarse con el Resucitado y recibir su paz. Pero es, también, el que, como tantos creyentes de hoy, vive un proceso personalizador de la fe y, por ello, tiene una palabra que decir a los no creyentes, en contraposición con la fe sociológica de quienes buscan en la comunidad el seno protector, el refugio de sus miedos a un mundo descristianizado y hostil.

La lectura de los Hechos nos presenta la realización práctica de la fe: la comunión de los discípulos de Jesús, el gran signo ante el mundo de que el Reino ya ha llegado. Un retrato, sin duda, idealizado de la comunidad primitiva de Jerusalén; pero necesario, como llamada constante a plasmar prácticamente el proyecto de Dios de una humanidad fraterna.

3. Reflexión

En la Eucaristía vivimos con intensidad el contraste entre la realidad constatable y lo que ella significa y realiza, esa nueva humanidad, caracterizada por lo que dicen los Hechos de la comunidad primitiva de Jerusalén. En efecto, en la Eucaristía escuchamos la palabra, invocamos a Dios-Padre, nos unimos como hermanos y compartimos lo que tenemos.

Teológicamente, es claro: La gracia primera de este sacramento es la comunión con Dios, el amor fraterno.

Pero la realidad es que apenas nos conocemos, que la fe que profesamos públicamente se parece demasiado a fórmulas estereotipadas (la velocidad y apatía con que rezamos...), que la limosna que damos se parece más a un gesto ridículo y humillante que a un compartir cordial y efectivo, que estamos pendientes del reloj (la Misa, cuanto más corta mejor), que no sabemos qué tiene que ver esa asamblea con los problemas que nos preocupan (a lo sumo, ese rato nos sirve para la oración individual y para presentarle al Señor nuestros problemas), etc., etc. ¿Es eso una comunidad?

Sin embargo, ¿no es increíble que Dios siga renovando su amor fiel con los que estamos ahí, tan ausentes, y que insistamos en escuchar el mensaje de Jesús, tan a contracorriente, y que toquemos y comamos ese cuerpo y esa sangre, y que, a pesar de nuestras diferencias ideológicas y sociales, formemos una comunidad y nos demos el abrazo de la paz, y que, a pesar de nuestro egoísmo, intentemos, una y otra vez, salir de nosotros mismos para compartir lo que somos y tenemos?

Así es la Iglesia, como la Eucaristía: luz y sombra, don y tarea...

4. Praxis

¿Cómo vives ese claroscuro de tu Misa dominical, como problema o como camino de tu maduración creyente?

¿Qué buscas en la comunidad cristiana: el ideal de fraternidad que no encuentras en el mundo, el refugio de tus conflictos? No seas iluso, pues los problemas humanos se dan igualmente en ella.

Quizá eres tan individualista que tu parroquia no es para ti más que un edificio con una serie de servicios. Ciertamente, la comunidad cristiana no existe para sí, sino para los hombres; la misión se realiza, primordialmente, en el mundo. Pero sin compartir tu fe, terminarás por vaciarla de sentido.

TEXTO DE FRANCISCO: Testamento (Test 14-20)

¹⁴Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me ensañaba qué debería hacer, sino que el Altísimo mismo me reveló que debería vivir según la forma del santo Evangelio.

¹⁵Y yo hice que se escribiera en pocas palabras y sencillamente, y el señor Papa me lo confirmó. ¹⁶Y aquellos que venían a tomar esta vida, daban a los pobres *todo lo que podían tener* (Tob 1,3); y estaban contentos con una túnica, forrada por dentro y por fuera, el cordón y los paños menores. ¹⁷Y no queríamos tener más. ¹⁸Los clérigos decíamos el oficio como los otros clérigos; los laicos decían los *Padrenuestros*; y muy gustosamente permanecíamos en las iglesias. ¹⁹Y éramos iletrados y súbditos de todos.

²⁰Y yo trabajaba con mis manos, y quiero trabajar; y quiero firmemente que todos los otros hermanos trabajen en trabajo que conviene al decoro.